

El señor Obispo, con lágrimas de tristeza, oró y le pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato. Cuando se puso de pie, desató del cuello de Juan Diego la manta en que se dibujó y apareció la Señora del Cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Al día siguiente dijo a Juan Diego: «*Ea, a mostrar dónde es voluntad de la Señora del Cielo que le erijan su templo*». Inmediatamente se invitó a todos para hacerlo.

Cuando se erigió el templo de la Reina en el Tepeyac, donde la vio Juan Diego, el Obispo sacó la santa imagen de la Señora del Cielo del oratorio de su palacio, y la trasladó a la iglesia mayor, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen y a hacerle oración. Mucho le asombraba que se hubiese aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen.

5º La tilma de Juan Diego.

La tilma de Juan Diego iba a ser el instrumento que aplastara la religión idólatra de sus hermanos por medio de la enseñanza que encerraba la divina imagen; pues, después de ver la sagrada imagen y entender cuanto significaba, ocho millones de indígenas abandonaron sus falsos dioses y abrazaron la fe católica en sólo siete años después de la aparición de la imagen.

La tilma en la que se dibujó la imagen de la Santísima Virgen está hecha de fibra de maguey, que tiene una duración ordinaria de veinte años a lo sumo, razón por la que su conservación en estado fresco y hermoso por casi cinco siglos debe considerarse milagrosa. Tiene 195 centímetros de largo por 105 de ancho, con una sutura en medio que va de arriba a abajo.

Impresa directamente sobre esta tela, se encuentra la hermosa figura de Nuestra Señora. El cuerpo de Ella mide 140 centímetros de alto. Esta imagen de la Santísima Virgen es el único retrato auténtico que tenemos de Ella. Se venera en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe en la Ciudad de México, donde ocupa el sitio de honor en el altar mayor.

La Sagrada Imagen permaneció en su primera ermita desde 1535 hasta 1622. La segunda iglesia, que duró hasta 1695, ocupó el mismo lugar donde se encuentra hoy la Basílica. Unos pocos años antes se construyó la llamada Iglesia de los Indios junto a la primera ermita, la cual sirvió entonces de sacristía para el nuevo templo. En 1695, cuando se demolió el segundo templo, la milagrosa imagen fue llevada a la Iglesia de los Indios, donde se quedó hasta 1709, fecha en que se dedicó el hermoso templo –el anterior al actual– que todavía despierta la admiración de mexicanos y extranjeros.

El 12 de octubre de 1895 la bendita imagen de la Santísima Virgen fue coronada por decreto del Papa León XIII, y el 12 de octubre de 1945, cincuentenario de la coronación, su Santidad Pío XII, en su célebre radio mensaje a los mexicanos, le aplicó el título de EMPERATRIZ DE LAS AMÉRICAS.

Historia de las apariciones de Nuestra Señora de Guadalupe

El Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe es único entre todos los grandes centros de devoción mariana, porque en él se conserva y se venera, en la tilma del humilde indio Juan Diego, el hermosísimo retrato de María Inmaculada Madre de Dios, pintado por pinceles que no son de este mundo.

1º Primera aparición.

Diez años después de la conquista de México, el día 9 de diciembre de 1531, Juan Diego iba al Convento de Tlaltelolco para oír misa. Amanecía cuando llegó al pie del Tepeyac. De repente oyó música que parecía el gorjeo de miles de pájaros. Muy sorprendido se detuvo para ver, y alzando su vista a la cima del cerro, de donde procedía el precioso canto celestial, vio que estaba iluminado con una luz extraña, y oyó una dulce voz que lo llamaba: «*Juanito, Juan Dieguito*».

Juan subió presurosamente y, al llegar a la cumbre, vio a la Santísima Virgen María en medio de un arco iris, ataviada con esplendor celestial. Su hermosura y mirada bondadosa llenaron su corazón de gozo infinito mientras escuchaba las palabras tiernas que ella le dirigía:

«Sabe y ten entendido, tú el más pequeño de mis hijos, que Yo soy la siempre Virgen María, Madre del verdadero Dios por quien se vive, del Creador junto a quien está todo; del Señor del cielo y de la tierra. Deseo vivamente que se me erija aquí un templo, para en él mostrar y dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa –pues Yo soy vuestra piadosa Madre– a ti, a todos vosotros juntos, los moradores de esta tierra, y a los demás amadores míos que me invoquen y en Mi confíen; para oír allí sus lamentos y remediar todas sus miserias, penas y dolores. Y para realizar lo que mi clemencia pretende, irás a la casa del Obispo de México y le dirás que Yo te envío a manifestarle lo que mucho deseo: que aquí en el llano me edifique un templo. Le contarás cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Ten por seguro que te lo agradeceré bien y lo pagaré, porque te haré feliz y merecerás mucho que Yo te recompense el trabajo y fatiga con que vas a procurar lo que te encomiendo. Ya has oído mi mandato, hijo mío, el más pequeño: anda y pon todo tu esfuerzo».

Juan Dieguito se inclinó ante Ella, diciéndole:

«Señora mía, ya voy a cumplir tu mandato; por ahora me despido de ti, yo tu humilde siervo».

2º Segunda aparición.

Cuando Juan llegó a la casa del Obispo Zumárraga y fue llevado a su presencia, le dijo todo lo que la Madre de Dios le había dicho. Pero el Obispo, dudando de sus palabras, le dijo que volviera otro día para escucharle más despacio.

Ese mismo día regresó a la cumbre de la colina y encontró a la Santísima Virgen que le estaba esperando, allí mismo donde le vio la primera vez:

«Señora, la más pequeña de mis hijas, Niña mía, fui a donde me enviaste a cumplir tu mandato, le vi y le expuse tu mensaje, así como me advertiste; me recibió benignamente y me oyó con atención; pero en cuanto me respondió, apareció que no lo tuvo por cierto. Piensa que es quizás invención mía que Tú quieres que aquí te hagan un templo, y que acaso no es de orden tuya; por lo cual te ruego encarecidamente, Señora y Niña mía, que a alguno de los principales, conocido y respetado, le encargues que lleve tu mensaje, para que le crean; porque yo soy sólo un hombrecillo, soy gente menuda, y tú, Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, me envías a un lugar por donde no ando y donde no paro. Perdóname que te cause pesadumbre y caiga en tu enojo, Señora y Dueña mía».

La Santísima Virgen le respondió:

«Oye, hijo mío el más pequeño, ten entendido que son muchos mis servidores y mensajeros a quienes puedo encargar que lleven mi mensaje y hagan mi voluntad; pero es de todo punto preciso que tú mismo solicites y ayudes, y que con tu mediación se cumpla mi voluntad. Mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y con rigor te mando, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo. Dale parte en mi nombre y hazle saber por entero mi voluntad: que tiene que poner por obra el templo que le pido. Y otra vez dile que Yo en persona, la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, te envía».

Juan Diego cumplió el mandato de la Santísima Virgen. Al día siguiente puso todo su empeño por ver al señor Obispo, y cuando lo logró, se arrodilló a sus pies y lloró al exponerle el mandato de la Señora del Cielo. El Obispo, para cerciorarse, le preguntó muchas cosas, dónde la vio y cómo era, y aunque por las respuestas de Juan Diego se descubría ser Ella la siempre Virgen Santísima Madre del Salvador Nuestro Señor Jesucristo, no le dio crédito, y le dijo que era muy necesaria alguna señal con que pudiera creer que le enviaba la misma Señora del Cielo.

3º Tercera y cuarta aparición.

Juan regresó a la colina, se encontró con María Santísima, y le transmitió el recado del señor Obispo; y Ella prometió darle una señal al siguiente día en la mañana. Pero Juan Diego no podía cumplir este encargo porque un tío suyo, llamado Juan Bernardino, había enfermado gravemente.

Dos días más tarde, el 12 de diciembre, Juan Diego se apresuró a traerle a su tío un sacerdote de Tlaltelolco. Llegó a la ladera del cerro y optó ir por el lado oriente para evitar que la Virgen Santísima le viera pasar y le impidiera atender a su tío. Con gran sorpresa la vio bajar y salir a su encuentro. Juan le dio sus discul-

pas por no haber venido el día anterior. Después de oír las palabras de Juan Diego, Ella le respondió:

«Oye y ten entendido, hijo mío el más pequeño, que es nada lo que te asusta y aflige. No se turbe tu corazón, no temas esa ni ninguna otra enfermedad o angustia. ¿Acaso no estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra? ¿No soy tu salud? ¿Qué más te falta? No te aflija la enfermedad de tu tío, que no morirá ahora de ella; está seguro de que ya sanó» (y así fue: la misma Virgen se le apareció para curarle).

Cuando Juan Diego oyó estas palabras se consoló mucho, y le rogó a la Virgen que le despachara a ver al señor Obispo para llevarle alguna señal y prueba a fin de que le creyera. Ella le dijo:

«Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre donde me viste y te di órdenes; hallarás allí que hay diferentes flores; córtalas, júntalas, recógelas, y en seguida baja y tráelas a mi presencia».

Juan Diego subió y, cuando llegó a la cumbre, se asombró mucho de que hubieran brotado tan hermosas flores en pleno invierno. En sus corolas fragantes, el rocío de la noche semejaba perlas preciosas. Presto empezó a córtalas, las echó en su regazo y las llevó ante la Virgen. Ella tomó las flores en sus manos, las arregló en la tilma y dijo:

«Hijo mío el más pequeño, aquí tienes la señal que debes llevar al señor Obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ella mi voluntad, y que él tiene que cumplirla. Tú eres mi embajador muy digno de confianza. Rigurosamente te ordeno que sólo delante del Obispo despliegues tu tilma y descubras lo que llevas. Contarás bien todo; dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrito, que fueras a cortar flores, y todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, a fin de que se haga y erija el templo que he pedido».

4º El milagro de la imagen.

Juan Diego se puso en camino, y largo rato tuvo que esperar a que lo llevaran a presencia del Obispo. Cuando por fin estuvo ante Fray Juan de Zumárraga, le contó los detalles de la cuarta aparición de la Santísima Virgen:

«Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder crearme que le has de hacer el templo donde Ella te pide que lo erijas... Me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes ya la viera, a que fuese a cortar varias flores. Después que fui a cortarlas las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo, para que te las trajera y a ti en persona te las diera... Ella me dijo por qué te las había de entregar; y así lo hago, para que en ellas veas la señal que me pides, y cumplas su voluntad, y aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. Hélas aquí: recíbelas».

Entonces abrió su tilma para mostrarle las flores, las cuales cayeron al suelo. Pero en ese mismo instante, ante la inmensa sorpresa del Obispo y sus compañeros, apareció la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, maravillosamente pintada con los más hermosos colores sobre la burda tela de su manto.